

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

EL ALMA CURIOSA,

fantasia vertida á nuestro idioma

POR D. J. M. DE SOTO.

Hace seis mil años poco mas ó menos.... El mundo hacia medio siglo que estaba creado Dios habia despedido ya á Adán y Eva del paraíso terrenal. No habia en el cielo mas que las almas que debian bajar un dia á la tierra, y animar sucesivamente los cuerpos que nacieren.

La primera que volvió á Dios fué la de Abel, y los cantos de los arcángeles y la bendición del Señor, acogieron la vuelta del alma desterrada y mártir que debió el dia á una falta y la muerte á un crimen. La segunda fué la de Eva; y cuando las puertas del cielo, se abrieron ante esta alma pecadora, marchita por el pecado y purificada por el dolor, todas las almas de porvenir, la rodearon para saber algo de la tierra.

Eva se habia contentado con responder: «he pecado, he sufrido, he rogado; la vida tiene muchas pasiones, muchos dolores y pocas alegrías.» Despues se habia retirado á la derecha de Dios, para acabar cerca de él, la plegaria comenzada aquí abajo.

Para todas aquellas almas que solo conocian el cielo, eran dos palabras desconocidas, las pasiones y el dolor. No comprendian sino una eternidad de calma, y no veian mas que una estension de serenidad; así es, que se pa-

seaban gozosas en los jardines de estrellas que Dios hizo nacer tras sus pasos, preguntándose unas á otras qué podrian ser las cosas en el cielo ignoradas, y que en la tierra se llamaban pasiones y dolores.

Entonces, se alejaban muchas veces del grupo, que forman los elegidos del Señor y seguian misteriosamente una ruta descarriada, hasta que llegadas á un punto donde nadie las habia seguido, podian asomarse á la bóveda del cielo, y buscar con la vista lo que pasaba entre los hombres; pero las tinieblas de las pasiones permanecian tan impenetrables á sus celestes ojos, como el resplandor de la eternidad á nuestra humana ciencia.

Mas, entre todas estas almas curiosas de esta nueva tierra, habia una á quien su buen ángel habia dicho: «Tú nacerás un dia del seno de una muger; tú dejarás tu forma inmortal, para el mundo que el Señor acaba de crear.

—Y cuando naceré? habia preguntado el alma.

—Espera, y ruega esperando; le habia respondido el ángel.

Y se habia volado al oriente del cielo, dejando á la pobre alma con mas curiosidad que antes.

Un dia, el sol se veló en los cielos, otra alma acababa de dejar la tierra; y cuando se habia presentado á la puerta del Señor, el ángel de justicia la habia despedido.

Toda la corte de Dios se había arrodillado redoblando alabanzas y ruegos y preguntando que había hecho la que se despedía

Dios respondió.

—Se llamaba Cain y mató á Abel.

Y el cielo se enlutó por el primer crimen, como se había enlutado por la primer falta.

—Que puede suceder en el mundo, se preguntó el alma que debía nacer, que un hermano mate á su hermano?

Y esperaba siempre rogando.

Entre tanto la primer falta y el primer crimen había escitado la cólera de Dios, y los muertos se sucedían con rapidez, y volvían al cielo muchas menos almas que las que de él partían. Pero cada vez que llegaba una, y se le pedían nuevas de la tierra respondía «Delante de Dios, se pierde el recuerdo de los hombres, pero todo lo que Dios hace, es bello, y la tierra en medio de sus dolores, tiene muchas alegrías; y se iba á dar cuenta al Señor, lo que contra faltas tenía que oponer en ruegos, plegarias y dolores.

Los siglos pasaban, y el alma esperaba siempre.

Un día los angeles inclinados bajo el trono eterno, vieron no cólera, pero si una lágrima en los ojos del Señor; y esta lágrima hizo el diluvio.

Cuarenta días lloró el cielo las faltas de la tierra, y la tierra desapareció.

De lo alto de la bóveda celeste, los angeles seguían con la mirada y el ruego, como desde aquí bajo seguimos una estrella, alguna cosa que se deslizaba sobre la tierra; esto era el arca de Noé.

La pobre alma que esperaba su nacimiento, había creído por un momento que el mundo se había borrado para la eternidad y que no nacería jamás; el arca le volvió la esperanza; el mundo se rehizo.

Cada vez que una alma dejaba el cielo para la tierra, la que esperaba, la acompañaba lo mas lejos posible, y la decía:

—Hermana mia; á la vuelta me contarás lo que se hace en el mundo.»

Y desaparecía.

Cada vez que á la hora de la plegaria, el alma del porvenir se encontraba al lado de su ángel bueno, le decía:

—Naceré pronto?

—Espera y ruega.

Y los siglos pasaban.

Entretanto el mundo se volvía de todo punto malo. Las alabanzas redoblaban en el cielo, á medida que el culto se perdía en la tierra.

A penas de tiempo en tiempo, volvía alguna alma desterrada; pero esta era recibida con cánticos y flores, y Dios la bendecía.

Como los castigos no habían concluido con los crímenes, Dios quiso probar el perdón. Hizo un alma á la imagen de su pureza, y la mandó á la tierra. Los angeles la acompañaron cantando, y quedaron largo tiempo arrodillados tras ella cuando la hubieron perdido de vista.

Apenas esta alma, á quien Dios dió el nombre de su hijo, y la tierra el de Jesus, pasó treinta años en su destierro, las almas empezaron á volver al cielo purificadas por este hombre divino. Todos los días era fiesta; cada día la eternidad de dicha empezaba radiante y espléndida, y cada día el cielo se poblabá de vírgenes y mártires.

En fin el hijo de Dios reapareció después de su misión; trayendo en sus descarnadas manos su corona de espinas.

Dios le dijo

—Ven hijo mio; tus pies se han destrozado con las piedras del camino, pero tu corazón ha quedado puro ante las tentaciones.

Y lo hizo sentar á su derecha.

—Que puede ser este mundo, se decía el alma pensativa, en que se hace morir al hijo de Dios?

No se hablaba en el cielo mas que de una gran pecadora que Cristo había convertido y que se esperaba con impaciencia.

Por fin vino.

La primer alma que fue á su encuentro, fue la que siempre esperaba su nacimiento.

Y le dijo.

—Hermana cual era tu nombre?

—Magdalena; respondió la pecadora.

—Y la tierra tiene muchas alegrías?

—Sí; pero son pasajeras; y las del Señor son eternas.

Y Magdalena fué á arrodillarse á los pies de Dios.

El alma continuaba esperando; había oído que el Señor decía á Magdalena «Te será to-

mado en cuenta, puesto que has amado mucho.» Y ella se preguntaba que era este amor, del que nada se sabía en el cielo, y que había perdido á Eva, y salvaba á Magdalena.

Así es que se impacientaba, por conocer los misterios de este mundo, á donde Dios desterraba tantas almas; de este mundo lejano y desconocido, en donde por algunos años de pasiones, se sacrificaba una eternidad de dicha. No era deseo, pues su naturaleza le defendía el tenerlo; era esperanza. Tal vez quería como las demás sufrir su martirio, para volver á Dios ciñendo su doble corona; tal vez despues de todo, era una esencia menos divina que sus hermanas, y había sentido el soplo de la cólera, que al dejar el paraíso, el ángel caído dejó sobre ellas. Lo que era cierto, que en medio de la beatitud inmensa, la alegría temporal era la que esperaba.

Y cada vez que encontraba su ángel, le hacía la misma pregunta, de la que obtenía idéntica contestación.

Las nuevas que se recibían de la tierra no eran entre tanto muy seductoras para una hija del cielo. Los apóstoles habían seguido de cerca al Cristo, y si llegaban con el alma pura, estaban muy desfigurados en cuanto al cuerpo. Los hombres no parecían querer seguir el camino trazado por la mano divina. Las vírgenes que volvían al cielo, daban gracias á Dios de haberlas despojado de su envoltura terrestre, y cuando hablaban de la tierra hablaban sin lamentos.

El alma esperaba siempre.

Los siglos pasaban.

(Se continuará.)

Juan M.^a de Soto.

À LA VÍRGEN DE QUERALT.

Hay un monte de quien yo quisiera,
Porque es dulce en verdad su memoria,
Una página de oro en la historia
Escribir que lo hiciera inmortal.
Berga villa de antiguos recuerdos
Amorosa se aduerme en sus faldas,
Y despierta tegiendo guirnaldas
De sus flores: lo llaman Queral.

El artista que copia paisajes
Al sentarse gozoso en su cresta,
A sus pies ve una rica floresta
Y al confin un inmenso verjel.

Inspirado en la poética cumbre,
De pintor adquiriera gran fama,
Si en el lienzo él aquel panorama
Trasladára con fino pincel.

Entre ensueños de amor y de gloria
Allí aspira tan pura la brisa,
Cual del día la casta sonrisa
En los rayos bañada del sol.
Con mil tintas de azur y de rosa
Entre selvas y nubes y riscos
Vé lejanos torreones moriscos
Coronados de blanco arrebol.

Serpenteando en la verde pradera
Que la esmalta precioso rocío,
Ve correr mansamente del río
Linfas claras de puro cristal:
Y deleita sus ojos mirando
Sin que allí se lo estorbe otro monte
Dilatado grandioso horizonte,
Cual se sueña fantástico, ideal.

Acia lado Monseny el coloso
Alza negro su frente sombría,
Que en invierno con nieves enfría
Cuantas tierras alcanza ella á ver:
A otro lado con puntas extrañas
Montserrat apacible, risueño
Deja ver su semblante halagüeño
Irradiante de amor y placer.

Y entre el uno y el otro coloso
Sacudiendo sus negras guedejas,
Va frunciendo altanero las cejas
Mura monte también colosal.
A su espalda levántase erguida
Ciudad noble, entusiasta, opulenta
Que orgullosa en las sienas ostenta
Diamantina corona condal.

Y al oriente si el cielo es sereno,
De dos montes por entre la conca
Sino se oye cual muge, cual ronca
A lo lejos el nitido mar,
A lo menos lo ve el peregrino
Como bruma luciente plateada,
O cual cinta preciosa azulada
De la aurora brillante collar.

Y castillos y torres y cuevas,
Alquerías y pueblos y villas,
Campanarios de hermosas capillas
Mira absorto con vivo placer:
Por el norte gigantes sombríos
Que en invierno aparecen nevados,
Pirineos sin senda escarpados
Que el viador no se cansa de ver.

Y por cierto que no es el paisaje
Lo que mas en el monte le asombra,
Que en sus tierras despues solo nombra
Sin mentir exaltándose aun
Recordando tan grato paseo,

El santuario de alegre belleza
Levantado en aquella aspereza
Con un gusto en verdad no comun

Cuantas veces yo subo á la cumbre.
De ese monte sagrado, contemplo
Con respeto profundo ese templo
Que no tiene en su clase rival:
El altar primoroso acabado,
Y las bellas doradas tribunas,
Y las albas preciadas colunas,
Y los frisos de gusto especial.

¡Quién se cansa de ver sus primores!
Esas tintas alegres y suaves,
Esas formas esbeltas y graves
Que cautivan é imponen al par!
De aspirar esa brisa tan pura
Que del éter allí descendida,
Al viandante arrobado da vida
Mientras ora él al pié del altar! !

Venid, fieles, á ver ese trono
Desde donde la Virgen Maria
Invocada, en amarga agonía
Al enfermo mil veces curó:
Ese trono que velan las gracias,
Desde donde loado su nombre
En acerbos tormentos al hombre
Tantas veces su mano tendió.

¡Oh cuán dulce es rogar á la Virgen!
Del que llora es refugio y consuelo,
De paz iris y puerta del cielo,
Faro rico de inmenso esplendor,
Casa de oro y la mística rosa,
En los cielos espléndida estrella,
En el mundo la mas pura y bella
Virgen pura del célico amor.

En el turbio elemento bogando,
¿No sentís como á ruda tormenta
Vuestra grata plegaria ahuyenta,
Y apacigua las olas del mar?
¿No sentís cuando orais en el ara
En el pecho una plácida calma,
Una dulce alegría en el alma?
Es la Virgen que aleja el pesar.

Es la Virgen señora del mundo,
A quien nunca le ruega el humano
Sin que luego le tienda una mano
Protectora, benigna sin fin:
Es la Virgen, de quien entre coros
Que le cantan su escelsa victoria,
Querubines publican la gloria
Desde el uno hasta el otro confín.

¡Quién tuviera mil lenguas, Señora,
Y los trinos de todas las aves
Para unir á sus cánticos suaves
Otras notas y cantos de honor!
¡De las arpas y liras del cielo
¿Quién tuviera la dulce armonía

Para loar desde el monte á Maria
Con mil himnos de gloria y de amor!

Mientras corra la sangre en mis venas,
Mientras lata mi pecho y respire
En la tierra, y el alma suspire
Anhelando otra vida de paz;
Subiré por la cuesta sagrada,
Y á la Virgen que Berga venera
Cantaré hasta mi hora postrera
En mis cantos buscando el solaz.

José Blanzart y Camps.

El día de Almanzor.

LEYENDA HISTÓRICO-TRADICIONAL ESPAÑOLA.

II.

Debilidades humanas.

(Continuacion.)

Os refiero tan estensamente el primer período de esta historia para presentaros á doña Dulcia tal cual fué, virtuosa, magnánime. Fué sin embargo muy desgraciada y os de- mando compasion para ella.

Vos que muy jóven tomasteis el velo y habeis vivido siempre alejada de la seduccion del mundo, no podreis comprender acaso como aquella mujer tan fuerte, que me rechazaba por virtud y por altivez, pudo caer vencida en mis brazos; vos no sabeis que la virtud de la mujer se estrella contra la obstinada infamia del hombre, si no tiene bastante resolucion para soportar desde el principio su venganza y sus ultrajes.

El continuo trato con aquella mujer me dió sobre ella y á pesar suyo cierto predominio. Cuando pudo observarlo ya no fué tiempo de defenderse.

La admósfera embalsamada que aspiramos juntos en aquel verjel, aquella admósfera de amor y de voluptuosidad hacian en el ánimo de doña Dulcia lo que no hubieran hecho mis súplicas. Seis meses habian pasado desde que la visitaba, y vino una noche que conocí que estaba enamorada; aquella noche me olvidé de mi juramento.

Aqui hizo una breve pausa el padre Bernardo y dos gruesas lágrimas rodaron por sus escualidas mejillas. Enjugolas con el envés de la mano y continuó su relacion:

— Desde entonces corrieron dias llenos de amor, que juzgué los mas felices de mi vida. Pero duraron poco, porque dentro de un mes conoció doña Dulcia que en su seno lleva-

ba un fruto que ante Dios y ante los hombres la acusaba de su deshonra.

Los días se tornaron para mi negros, horribles; porque mi amor por aquella mujer era una verdad y no podía presenciar su desesperación sin estremecerme. Al volver su esposo ¿como se atrevía á presentársele doña Dulcia?

Conocí entonces toda la infamia de mi delito, toda la responsabilidad que sobre mi pesaba.

Hacia nueve meses que el conde estaba ausente y anuncióse su pronta vuelta á la corte. Entonces la desesperación de doña Dulcia no conoció límites y resolvió darse muerte antes que presentarse á don Lope. Pero pocos días antes de la entrada del soberano recibió la afligida dama una carta de su esposo, en que la anunciaba que dejando el conde parte de su hueste á la frontera de los moros, él era uno de los tantos capitanes encargados de guardar las tierras conquistadas.

Don Lope tardaría de consiguiente algunos meses mas en llegar. Lo que convenia pues entonces era ocultar á la servidumbre y á la corte el estado de doña Dulcia.

Trasladóse á una quinta só pretesto de poca salud. Aquel albergue no estaba murado y facilmente podia en secreto entrar yo todas las noches á verla y consolarla. Solo me veian doña Dulcia y una doncella de su íntima confianza, la única que supo el secreto.

Nuestros temores iban disminuyendo de dia en dia, porque habian trascurrido ocho mes y don Lope aun no pensaba en volver. Si tardaba un mes mas nuestro delito quedaria envuelto en el misterio.

Una noche llamaron á la puerta de la quinta. Asomóse un palafrenero de doña Dulcia y contestó con acento de mando una voz bronca. Era don Lope que habia sabido que su esposa estaba ausente de la corte, y estrañado de no saberlo por ella misma se habia procurado en secreto un permiso, y reventando caballos habia corrido en su busca.

La entrevista áquella fué terrible, segun despues he podido saber, terrible como debia serlo, sobre todo cojiendo tan de sorpresa á ambos esposos. Ella no tuvo tiempo para concertar su muerte. El no tuvo tiempo para calcular su deshonra.

En los primeros momentos don Lope queria matarla y ella pedia á voz en grito que lo hiciera, porque la ahorraria una existencia de sonrojo y de desesperación. Asaltó luego á doña Dulcia un delirio que la hizo caer despues en una postración profunda, y por fin en un desmayo. No volvió en sí hasta la mañana siguiente.

Se la presentó su esposo, temblando como el ángel que nos acusará el dia del juicio. Habia pasado toda la noche en vela.

—Doña Dulcia, le dijo, me habeis herido en lo mas vivo. Despues de lo que ha pasado, nada puede haber de comun entre los dos; pero cómo el vulgo murmurador se vuelve contra la víctima y se riera de mí si supiera como me habeis cumplido vuestros juramentos, como por otra parte tampoco os juzgo tan indiscreta para querer parecer en público lo que sois, mi honra ha de quedar os lo exijo, ante los hombres, tan pura como hasta ahora. Yo hallaré medio para hacer creer que he estado aquí ocho meses atrás; vos cuidareis á vuestro hijo, y la corte se ocupará bien poco de si le amo. Vuestro hijo heredará mi nombre. Ahora solo falta que me digais quien es vuestro amante, para que yo lave con sangre mi deshonra ó él os libre de la existencia mía que os ha de ser fastidiosa.

Los ruegos, las amenazas, los mandatos de don Lope nada pudieron conseguir; su esposa se mantuvo siempre sin citar mi nombre. ¡Decia que ella era la sola culpable!

Yo, miserable pecador, causé la desdicha de un caballero honrado y bueno y de una esposa que no hubiera caído sino por una refinada seducción; yo me introduje como puñal de dos filos entre aquellos dos esposos, causando á los dos una herida igualmente profunda.

Viendo don Lope la terquedad de doña Dulcia que persistia en callar el nombre de su seductor, la juro que si con sus liviandades le hacia el escarnio de la corte, la mataria. Ella contestó sollozando que no le quedaba otro destino que llorar.

Al otro dia recibí una carta de mi amante. Aun la recuerdo á pesar de que han transcurrido treinta y cinco años.

«Lo pasado ha sido un sueño, decia, pero un sueño que me ha lastimado. Os prohibo

«verme en adelante; creo poder exigirlo. Basteos saber que mi hijo vivirá honrado y tendrá á don Lope por padre; basteos saber que debo mucho al hombre que me salva la honra y que continuará llamándose mi esposo.»

Por la doncella que me entregó el billete supe cuanto habia pasado. Comprendí entonces que doña Dulcia era una mártir.

No la ví mas. El hijo creció y se llamó don Guillen de Anglesola.

(Se continuará.)

Juan Bautista Ferrer.

EPITAFIO.

Bajo de este mármol frio
yace mi adorada esposa.
No pudo hacer mejor cosa
por su descanso y el mio.

Las ferias de la Corte.

A este siglo que todo lo exagera,
solo la caricatura puede simbolizarlo
en la imprenta, como lo simboliza
ya en el grabado.

Rua de Figueroa.

Hay en la carrera de la vida fechas terribles: los dias de dias, cumpleaños, las Pascuas de Navidad, y todos los aniversarios que si yo fuera Academia de la lengua ó una lengua de la Academia llamaria domésticos, no me dejarán mentir.

No es extraño, pues, que algunos vean en el almanaque la mayor calamidad. Y tienen razon: no calamidad sino plaga y de las mayores le considero yo en cierto dia de Marzo. —D. Fulano, me dice la criada: gócelos V. con placer....—No lo tendrás tú escaso si te doy una propina, digo para mí.—Chico, esta noche en el café. ..—Sí, murmuro: para que te lo pague yo, con *item mas* su inseparable copa.—*Il mio caro*: esclama otro, mixto de moscon y de *dandy*: no son hoy tus dias? Tentado estoy para decir que no, y que me llamo Anton; pero, reflexiono un momento, preveo que se descubrirá el pastel, y, no hay remedio, un *si* parecido al de una niña cuando la casan por fuerza, acaba por salir de mi si no *hermoso* desfallecido lábio.—Entonces, replica el otro, vendré á almorzar cont....—No estaré en casa, le atajo.—Lo siento: y... á qué hora comes?—Santo cielo!—A las dos de la madrugada, voy á replicar; pero me re-

porto, veo que no hay escape, ensayo una sonrisa, doile una palmadita en el hombro, balbuceo dos tonterías y concluyo por invitarle á comer.

Al dia siguiente, puedo, á lo Auriol ó Rattel, dar una zapateta al aire con la seguridad de que no me caerá un cuarto del bolsillo.

Quede, pues sentado, que el Almanaque es un nido de desgracias, una caja de Pandora, un Etna de calamidades.

Una de las que trae para los que vivimos en la corte y coronada villa, es el 21 de setiembre, célebre, por inaugurarse en él las ferias, y porque, por decirlo así, aquella empieza á recobrar la agitacion y el movimiento que ha perdido en los meses de verano. Pero es una calamidad que no temo. Claro: como no soy *papa*, marido ni amante, nunca se me ha ocurrido feriar á un hijo, á una muger ó á una querida. Verdad es que se puede ser las tres cosas juntas sin que lo sepa nadie, y de consiguiente sin que á nadie se deba feriar: pero yo no soy del número: la moral sobre todo; he leído mucho á Pascal y á Wisseman, y en este punto estoy, como vulgarmente se dice, *para merecer* (1).

Bajo tal concepto, puedo acompañar á mis lectores á las ferias, sino con la destreza de un buen cicerone, al menos con la serenidad y levantado ánimo del que desde cierta altura contempla una batalla.

Las ferias están en todas partes: en las plazas Mayor y del Progreso, de la Cebada y Santo Domingo, de Santa Ana y del Angel, asi como en muchas calles que omíto en obsequio al laconismo; en todos estos puntos hallarán grandes moles de géneros que embarazarán nuestro paso, y que mas de una vez, os harán murmurar del que inauguró tal costumbre. Desde el humilde calañés hasta el afelpado sombrero, desde el cojo taburete hasta el oriental divan, desde la burda aspillera hasta el raso de la marquesa, todo se encuentra allí esparcido y en monton, en perchas y en el suelo, revuelto y confundido. Las prenderías en esta época no parece sino que tras la indigestion de todo un año han tomado un emético y arrojado en las plazas y aceras la gran balumba de sus muebles.

(1) Ojo alerta, niñas!

Pero donde las ferias brillan en todo su esplendor, donde, como diría un periodista, está su verdadera *synthesis*, es en la calle de Alcalá: una hilera de casitas que arranca en la puerta del Sol y termina en el Prado y cuyos dinteles con la acera forman una segunda calle, donde una muchedumbre inmensa en las más templadas horas del día y en las frescas de la noche se rebulle y se codea, se pisa y desue-lla; hé ahí el espectáculo que aquella ofrece. Aquí gritos, allá risas, ora un chiste, una disputa, ya una almibarada frase, ya una imprecación: esta es la forma con que se traducen la variadas emociones que á la multitud agitan.

—Ay que muñeco, esclama una niña de quince primaveras; cómprelo V., papá.

—Estás loca muchacha: muñecos tú? Una niña que vá al Prado, á reuniones y al teatro?

—Si es tan lindo, interrumpe.

El papá no le hace caso.

La niña dá un suspiro.

Y dice para sí:

—El mismo bigote, la misma perilla del tierno Emilio; solo que aquel la tiene de color de naranja, y esotro de ala de mosca.

—A dos á dos! grita uno.

—Reales ó duros? digo para mi entre asustado y alegre. Acércome al grupo y pregunto:

—Qué son?

—Libros.

—A cuanto?

—A dos cuartos.

—La hoja? pregunto temblando.

—No, el ejemplar.

—Buenos serán ellos, digo para mi capote. Pero como á semejanza del D. Cándido Buenafé de Larra, me piro por todo lo impreso, acercóme á la barricada, formo corro, y en un santiamen pasan por mis manos *Los trabajos de San Antonio*, *La Monarchia Christiana*, *Los gritos del Infierno* y las *Platiquillas de Valerio*.

Pero aun quedan otros: tomo este, dejo aquel, hojeo el otro y me detengo en uno en cuyo lomo de viejo pergamino se lee: *Arte de pecar*. Este será intruso, pienso; paréceme que no hace muy buena pareja con los anteriores; y lleno de curiosidad voy á consultar algun parrafillo, (bien que con cierto

escrúpulo hijo del temor de que no se empañase mi inocencia) cuando doy con la portada y veo: *Con licencia del Santo oficio. Arte de pescar con caña y criar peces en el mar. Su autor el Padre Meliton Melitaina. Madrid: 1780.*

—A este me atengo, esclamo lleno de contento, porque observo que el torpe del encuadernador omitió una s y que á decir lo que al principio creía tal vez hubiese dado al traste con toda mi candidez.

Doy mis dos cuartos, al librero, y alentado por tan maravilloso hallazgo continuo afanoso mi escrutinio.

A los pocos instantes leo: *La chistosa comedia intitulada: Por aquí se vá y por allá se viene; ó sea: Unos entran y otros salen; representada con gran contento en el corral del Principe.*

—Curioso será dijo para mi; enamórome de ella porque no se me alcanza el título. Mejor: así haré como muchos que no entienden nada y lo aplauden todo.

—Tiene V. otros tan interesantes? pregunto al Rivadeneira.

—No sé; pero si habrá: como que esta librería fué de un rico y entendido especiero. ..Y vé V.

—Bien se conoce, replico; y ávido de sorpresas continuo buscando.

Luego encuentro:

Arte de guisar y hacer pastelas, con una lista de los vinos que procuran una fácil digestion.

—Magnífico! No es justo, digo para mi sa-yo, que quede ahí tan grande maravilla: apuesto que una reimpresion de este libro tendrá en nuestro país, mas suscritores que las novelas de Fernandez ó las leyendas de Castellar.

Y así siguiendo hágame una biblioteca que un camello en forma de asturiano se encarga de llevarme á casa.

—Te gusta queridito este pañuelo de blondas que hay en esta muestra? pregunta una vocecita mas dulce que una melodía de Beethoven.

—No: réplica otra, árida, salvaje, brutal.

—Y este traje con volantes?

—Cuanto vale?

—Mira, pichoncita el número cincuenta.

—Reales?—Duros.

Oh! oh! esclamo entre dientes: otro que fuera mas malicioso que yo, aseguraria que es un matrimonio.

—Adios, Paquita; tú en las ferias?—Ya ve V.... seguimos, lo que se llama la corriente.

—Mira no tropieces.... Y que tal la condesa?

—Hoy en el tocador, hemos hablado mucho de V.?—De veras? Y que decia?—Que es V.

muy fino y muy atento y... —Chist! que anda por ahí.... —Quien? él.... —Si: chist!... *El*

—Decia que.... —Basta, basta, voy á feriar-te: te agrada esta mantilla?—Ya lo creo.—

Pues vé y comprala.

Y al decir esto el caballero pone una como pieza de oro en la mano de Paquita.

—Oye, añade, bajando la voz: esta carta á la señora; que nadie la vea. Si me sirves *cual debes*, no será esta la ultima mantilla.—Bien

sabe V. que yo.... —Si, si: ya recuerdo....

Adios.

Y el grupo se disuelve.

Que anuncia este organillo? olá: un anuncio en grandes letras. Veamos:

Gran espectáculo. Vistoso joben andalú: su cabeza es como un tonel de Jere, y su cabelloz soztienen un quintal de pezo. A 6 cuartos. Soldadoz y niños 4. Y al frente:

¡¡ 3,000 muelas! ¡!

Mr. Molé las saca y pone con perfeccion. Si en vez de una, arranca dos ó mas, no por esto exige mayor precio.

Ha bárbaros!.... esclamo, para mi capote. Grande fortuna es la vuestra el izar estos anuncios en la córte y coronada villa, centro del buen gusto y de la sábia literatura, que á ser en otro punto de España donde viven *los paletos* y se cria *el pelo de la dehesa*, los chicos os apedrearían, y refunfuñando del célebre Molé y de la ortografía del andaluz, voyme á casa, siéntome en el bufete, y escribo, paciente y carísimo lector, el artículo que acabas de leer.—EL LICENCIADO CABRA.

José Comas y Galibern.

RETRATO DE S. M. LA REINA.

Hemos visto con el mayor placer el que D. Ramon Peñarredonda, sub-director del Telégrafo eléctrico de esta ciudad acaba de pintar, dedicándolo al M. I. Consejo y Excm. Diputación provincial, para colocarlo en el salon en que celebran sus sesiones.

Copiado de otro del Sr. Madrazo, litografiado por el cuerpo de Ingenieros militares, no se cansa uno

de admirar tanto la exactitud del parecido, como la correccion del dibujo y la viveza del colorido.

Hecho en el corto tiempo de un mes, y en los pocos ratos de ocio que le deja su destino, felicitamos al Sr. Peñarredonda por su magnífica obra, que puede hacer honor, no solo á un mero aficionado al divino arte de la pintura, sino tambien á un profesor consumado.

Crónica teatral.

Durante la semana que acaba de fenecer, pocas son las funciones que este teatro nos ha dado.

El domingo se repitió por segunda vez el hermoso drama de D. Eulogio Florentino Sanz, *Achaques de la vejez*, en cuya ejecucion tanto se distingue el Sr. Lugar, arrancando justos aplausos, y siendo varias veces llamado á las tablas.

El Sr. Balestroni, en el papel de Carlos estuvo tambien acertado, así como no estuvo del todo mal el Sr. Ortega en el de Conde.

El Sr. Sarmiento salió igualmente airoso en el desempeño del carácter de Simon.

De manera que fué lástima que dichos actores no estuviesen dignamente secundados por las actrices. La Señora Martinez pocas veces estuvo en su lugar, mostrándose siempre fria y á veces cuasi inmutable: parecia trabajar de mala gana.

La señorita Samaniego estuvo algo mejor, pero la hemos visto estarlo mas en otras piezas. Es preciso que estudie y no abuse de la indulgencia del público.

En las funciones del martes, miércoles y jueves se pusieron en escena *El primito*, *Alza y baja*, *Los dos Doctores* y *Borrascas del corazon*.

En la ejecucion de estas producciones, el Sr. Lugar estuvo como suele: bien. No faltó sin embargo quien dijera que la última no *era para dicho actor*, sosteniendo que, no dijo su papel como requeria. A esto se llama juzgar á ciegas y por la apariencia del artista, sin atender á sus facultades. Cabalmente en el segundo acto, en la escena con doña Blanca, es donde estuvo mejor y mas digno de aplauso.

Tambien estuvo mas acertada que otras veces, la señora Martinez, en el drama del Sr. Rubí. Sino hubiese tenido el defecto en la pronunciacion y pudiera modular mas la voz, habria gustado bastante.

No así en *Alza y baja*, pues en esta bonita comedia de Olona, desagradó especialmente la primera noche, tanto por su traje, poco digno, como por sus maneras no muy adecuadas á una marquesa.

Los demas no se portaron mal.

Antes de concluir, no podemos menos de noticiar á nuestros lectores que el Señor Ortega ha pasado á Barcelona para contratar á otra primera actriz. Entre las candidatas que se citan figuran la Cuello (doña Napoleona) y la Soler. Veremos; dele Dios buen acierto.—*Capirotazos*.

Por todo lo no firmado, F. Zappino.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12.—1857.